

INFLUENCIAS DE LA CULTURA ESPAÑOLA EN LA ARGENTINA ACTUAL

1. LOS FILOSOFOS

Es tan grande la presencia de España en toda la América de habla castellana, que podemos ensanchar a todo rumbo nuestra conciencia histórica, sin que logremos aferrar aquélla de un modo cabal. La presencia de lo español florece por todas partes y las palabras son pobres para pretender expresarla. ¿Queremos distancias mayores, verdaderamente insalvables, que las que median entre los términos descubrimiento, conquista, evangelización, cultura de España y las estupendas realidades signadas por aquellas palabras? Distancias que nacen no sólo de la forma exterior y clasificadora del lenguaje intelectual, de las limitaciones de la herramienta lingüística, sino, y mayormente, de la rica, compacta y sustancial presencia de España en América. Correrá el tiempo, con su arena de tiempo, escribirán constantes los historiadores, y aquellas admirables realidades hispánicas seguirán proyectándose más allá, siempre más allá de toda palabra y de todo conocimiento, desbordantes, inagotables, fecundas y esenciales.

Ayer no más en la Argentina éramos presa del positivismo de un siglo pasado y nos debatíamos por salir de él. El espíritu de la época y también (¿por qué no decirlo?) las masas inmigratorias, laboriosas y progresistas, pero un tanto viscerales, asentaban todo el peso de su acción pragmática sobre las viejas esencias del país. El pensamiento filosófico, escasamente

especulativo, se reducía a “credos” que se cultivaban con la acción política. Las letras y la historia lucían mejor y con mayores energías. Rodó, Lugones, Rojas, Korn, Alberini, Rougés y algunos más fueron guías de amplia visión en la tarea de espiritualizar nuestra cultura, descostrándola de la carcama de un positivismo decadente. La lucha se inició en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, fundada en 1895 (13 de abril), en la de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Plata, a partir de 1918, y luego en todos los ámbitos educacionales del país. A esa labor comenzada alrededor de 1910, no fueron ajenos preclaros universitarios españoles. No sería exagerado afirmar que algunos de los más interesantes matices de la actual cultura argentina, resultarían inexplicables sin el fermento espiritual provocado por esos hombres.

¡1916! Llega a Buenos Aires don José Ortega y Gasset, permaneciendo casi seis meses en el país. El excelente escritor, el ensayista perspicaz, de aguda percepción del momento dramático de la cultura de nuestro país, el filósofo de enérgica claridad, el conferencista de maravillosa palabra, se batió contra la fornida incompreensión del ambiente positivista. Trajo el conocimiento de la filosofía alemana contemporánea, continuando la tarea que había iniciado en 1906 el ilustre psicólogo alemán don Félix Krüger y que interrumpió dos años más tarde para regresar a Alemania, donde se hizo cargo de la dirección del Instituto de Wundt, primero, y más tarde del Rectorado de la Universidad de Leipzig. Desde aquella fecha hasta 1918 sirvió la cátedra de Psicología don José Ingenieros, de orientación científicista, que enseñara a Ribot y Le Dantec. Ortega y Gasset, además de sus ciclos de conferencias en distintas ciudades argentinas, dirigió un seminario sobre Kant, donde analizó las limitaciones filosóficas y científicas de la filosofía positivista. “Todos los que nos ocupamos de filosofía en la Argentina y en América Latina —dice don Coriolano Alberini—, mucho le debemos, aun aquellos que ya teníamos en 1916 nuestra formación filosófica”. Don Alejandro Korn dice, sobre poco más o menos, lo mismo. Los jóvenes antiposi-

tivistas rodearon a Ortega y Gasset, acentuando, naturalmente, el aspecto crítico de su pensamiento, su actitud antipositivista. Fundaron el Colegio Novecentista, tomando el adjetivo de don Eugenio D'Ors. A ese movimiento de cultura, Korn arrimó su prestigio de maestro y Alberini su temibilidad de estudioso y polemista.

El filósofo español vuelve en 1928. Sus conferencias trataron esta vez "el tema de nuestro tiempo". Desde entonces provienen sus páginas sobre el hombre argentino, sobre la Pampa y sus promesas, sobre las virtudes y debilidades del hijo de estas tierras: "el hombre que vive con los ojos puestos en el horizonte". Ortega y Gasset vivía ya en íntimo contacto con la inteligencia argentina. La "Revista de Occidente" vino a prolongar esas relaciones culturales.

Hizo su tercer viaje a la Argentina en 1940. Encontró como dicen los Anales de la Institución Cultural Española inusitada resonancia en todos los ámbitos intelectuales. "Había tenido la virtud de suscitar estímulo y ejercer insospechadas influencias en el pensamiento de la juventud americana, encender en las mentes estudiosas el entusiasmo por las disciplinas filosóficas y crear un ambiente de emulaciones, como ningún otro pensador viviente lo había logrado hasta la fecha". No faltaron, desde luego, las dentelladas de algunos destemplados. Cuando dio a conocer su "Ensayo sobre la razón vital", donde plantea el problema de hasta qué punto es lógica la lógica, o cuando entregaba sus artículos a la prensa, que tenían siempre un delicado sentido de la lengua, contestaba a aquéllos con un: "Ahí les entrego otro costillar"...

¿Y cómo no recordar aquí a don Manuel García Morente, entre las figuras ilustres que ayudaron a salir del positivismo a nuestra cultura? Más profesor que Ortega y Gasset, vino dos veces al país. La primera en 1920, la segunda en 1936. García Morente era como debían ser todos los profesores de filosofía: un profesor con estilo, con estilo intelectual de sentimiento y acción. También él entró bien adentro de nuestro ambiente cultural con sus perfiladas conferencias sobre Berg-

son, con su libro sobre Kant, bello y riguroso como un teorema. En su segundo viaje nos dejó sus magistrales lecciones de filosofía dictadas en Tucumán. Lo vimos por última vez en 1938, en una conferencia donde se ocupó del pensamiento de Heidegger, el mismo día que los diarios anunciaban la muerte de Husserl (5 de mayo). Le preguntamos: ¿Qué va a hacer en España? "Nada", nos dijo. No insistimos. Aquel hombre digno, universitario severo y desafortunado, a quien habían quitado todo, honra, familia y bienes, se marchaba silenciosamente a morir en un monasterio.

¿Y qué decir de don Eugenio D'Ors, que arribara en 1918? Don Eugenio, que terminó sus días como profesor de ciencia de la cultura, cátedra nueva por cierto, y muy a propósito para él, en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid, suscitó aquí alguna resistencia. Su obra fragmentaria no permitía seguir con facilidad su trayectoria coherente y sus hipérbaton despistaban un poco. Pero al fin impuso su lección antipositivista. Con una sabiduría alegre, su poderosa personalidad quería hacer de la filosofía una ciencia viva, basada tanto en la meditación como en el diálogo. Hombre múltiple, se desparramaba en todo. Sus enseñanzas afianzaron la orientación idealista y bergsoniana de los jóvenes de las nuevas promociones.

La obra fermentativa de Ortega y Gasset en España pronto lo convirtió en mentor de investigadores más jóvenes, que adquirirían fuerte prestigio en la Argentina. Una nueva vida científica alentaba en España, tratando de librarla del enquistamiento que hasta entonces la había privado de resonancias vigorosas en América del Sur.

Francisco Ayala era allá por el año 1931 uno de los más jóvenes y distinguidos escritores españoles. Formaba parte del círculo espiritual que reconocía como mentor a Ortega y Gasset, pero la afinidad no excluía el acento propio y la orientación personal. Desempeñaba por entonces la cátedra de Derecho Político en la Universidad de Madrid, donde había sucedido nada menos que a don Adolfo Posada. Había ya publi-

cado no pocos ensayos sobre esta materia, cuando vino a Buenos Aires. Habló sobre temas de su especialidad en la Facultad de Derecho y en la de Filosofía y Letras, donde se ocupó de la sociología de la cultura y de la sociología de las capas sociales, revelando una visión muy personal de tan complejos problemas. Volvió algunos años más tarde, incorporándose al movimiento cultural argentino, con publicaciones tan valiosas como su "Tratado de Sociología".

¿Quién no recuerda a la doctora María de Maeztu con su amplia información y su seria conciencia de los problemas educacionales contemporáneos? En sus manos el pensamiento pedagógico no moría en el metodologismo normalista o del cientificismo de ciertos ambientes. Tenía cultura y espíritu filosófico y sabía que los prestigios métricos de la pedagogía experimental a menudo no eran sino una manera complicada y onerosa de probar lo que nadie discutía. Actuó largamente en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, donde atendía los cursos de seminario de su especialidad, allá por el año 1940.

No queremos dejar de recordar al malogrado profesor español don Hilario Rodríguez Sans, traductor de la "Ética..." de Max Scheler, que actuara en la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza entre los años 1947 y 1949. Hombre de aguda sensibilidad filosófica formada en las doctrinas del pensamiento contemporáneo. Había cursado sus estudios universitarios en filosofía en la Universidad de Madrid, obteniendo el título de doctor. Posteriormente realizó estudios especiales en Francia e Italia, trasladándose luego a Alemania donde frecuentó las aulas de la Universidad de Göttingen, circunstancia que le permitió comunicarse vivamente con lo más sólido de la filosofía alemana. Su trato directo, ya como discípulo, ya como amigo personal, con filósofos de la talla de Heidegger, Heimsoeth, Hartmann, Heyse, etc., dio un especial sentido a su formación filosófica. Inició su carrera docente en 1935 en el "Lycée Henry IV" de Bezier, de donde pasó a la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, donde fue nombrado profe-

sor ayudante de las cátedras de Ética y Cosmología e Introducción a la Filosofía. En la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza servía las cátedras de Ética, Historia de la Filosofía Moderna y Psicología. Desapareció inesperadamente a causa de una enfermedad irremediable.

Hace diez años iniciaban su actuación filosófica en Argentina Angel González Alvarez y Adolfo Muñoz Alonso, en las Universidades de Cuyo y Córdoba, respectivamente. El primero, hombre joven y de sólida formación en la filosofía tradicional, actuó durante varios años en la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza, realizando una interesante labor docente y de investigación, además de varias obras valiosas, tales como su "Filosofía de la Educación", su "Introducción a la Metafísica", su "Introducción a la Filosofía" y algunas otras. Actualmente atiende la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid. Muñoz Alonso pasó por la docencia filosófica de la Universidad de Córdoba y todavía se recuerda su pensamiento formado en el clima espiritual creado por Ortega y Gasset y Zubiri. Regresó a España como catedrático de la Universidad de Murcia y director de la prestigiosa revista madrileña "Crisis". También hay que recordar a Antonio Millán Puelles, profesor de la Universidad de Murcia, de breve actuación en la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza, tras el regreso a España del doctor Angel González Alvarez. Millán Puelles había venido a la Argentina con ocasión del Primer Congreso Nacional de Filosofía, realizado en Mendoza en 1949.

2. LINGÜISTAS Y FILOLOGOS

Quisiéramos acercarnos a los lingüistas y filólogos españoles que pasaron por la Argentina, dejando huellas visibles en su cultura actual. Los filólogos y lingüistas están cerca de la filosofía porque, como muy bien ha dicho María Rosa Lida, son espíritus amantes de las letras, con la mente abierta a toda sollicitación espiritual, y con el temple esencial del hombre

de ciencia: intuición fina, firme razonamiento, examen infatigable de cada dato.

Fueron españoles los que pusieron en camino los estudios filológicos y lingüísticos en el país. Recordamos la hoy lejana figura y un poco desvaída de don Ricardo Monner Sans, entregado con particular inclinación a los estudios gramatológicos. Américo Castro fue el hombre más indicado para iniciar los estudios lingüísticos allá por el año 1925. Menéndez Pidal lo había recomendado para la dirección del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Contaba para ello, además de su competencia de especialista, de su excelente cultura fundamental, de su fina sensibilidad de artista, un fuerte temperamento combativo que no excluía el encanto del trato personal. A él se debe, dice Coriolano Alberini, ex decano de aquella Facultad, la organización del Instituto y el plan de los primeros trabajos de investigación. Dirigió, entre otras tareas, los estudios lingüísticos de una antigua versión de la Biblia, que se publicaron poco después, y en los que se iniciaron jóvenes como Angel J. Battistessa, actualmente académico de la lengua y eminente profesor argentino.

Llegó más tarde don Agustín Millares, profesor joven, lleno de modestia, de gran saber y enteramente contraído a las tareas del Instituto de Filología y Lingüística de Buenos Aires. Continuó con la obra iniciada por don Américo Castro. Inició a sus alumnos en los métodos de la paleografía y suscitó el respeto de los entendidos y de sus discípulos. Durante su dirección se iniciaron las publicaciones del Instituto mencionado. Era un hombre de temperamento distinto del de Castro, más bien retraído, pero dejó huellas no menos estimables y fuertes simpatías personales. Estuvo solamente un año, período muy breve para una obra intensa.

Menéndez Pidal recomendó entonces al doctor Manuel Montoliú, que había alcanzado prestigio con la publicación de su celebrada "Gramática Castellana" y su "Manual de historia crítica de la literatura catalana moderna". Era un profundo conocedor de la literatura alemana y había traducido

a Novalis, Hölderlin y Goethe. Llevaba la cátedra de "Historia de la Literatura catalana moderna" en la Universidad de Barcelona. También había sido profesor en la Universidad de Hamburgo, después de haber estudiado en Alemania junto a grandes maestros de la filología europea. Inició en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires los estudios de los procedimientos técnicos para la elaboración de un Diccionario de argentinismos, no tanto en el aspecto del contenido donde se requería un instintivo sentido de las formas lingüísticas autóctonas, que aquel sabio español no podía tener, sino de los métodos de la investigación científica. La labor del profesor Montoliú se extendió a las provincias, donde se organizaron cuerpos de corresponsales que enviaban informes de carácter lingüístico.

¡1927! Un hito en la cultura lingüística del país. Llega a Buenos Aires don Amado Alonso. Traía, como bien dice Dámaso, su fraternal amigo, "muy buena y fina labor, pero escasa aún". Detrás suyo estaba la gran figura de Menéndez Pidal, que lo había recomendado para llenar la vacante que había dejado Montoliú con su regreso a España. Ostentaba vitalidad y maestría esencial. De él ha dicho Dámaso Alonso: "...había sabido crecer serenamente, perfeccionar su técnica filológica, adelgazar y castigar su estilo de tal modo, que lo mismo en los estudios literarios que en los lingüísticos había llegado a esa maestría que ya no descubre falla, se diría que meta infatigable en la carrera de un arte humano". Tal el juicio de un par en las actividades científicas de la lengua.

Amado Alonso era, además de un lingüista de altísima competencia, un hombre de inteligencia docta y amplia, de finos registros en el campo de la lingüística y la filosofía del lenguaje, cuyos representantes más actuales difundió en el país. Con don Pedro Henríquez Ureña, Juan Corominas, Angel J. Battistessa, Raimundo y Rosa Lida y algunas figuras más, contribuyó decisivamente a la renovación de los estudios gramaticales, lingüísticos y filológicos en el país.

Recordemos su obra, que es su mejor biografía: en 1930 sale

el primer tomo de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana; en 1931 inaugura la colección de Estudios Indigenistas; en 1932 la Colección de Estudios Estilísticos. En 1939, funda la revista de Filología Hispánica, de la que alcanzó a publicar 8 volúmenes. Aparte de esa labor en el Instituto de Filología, dirige en la Editorial Losada una Biblioteca de Filología y Teoría del Lenguaje, donde difunde los sistemas de los principales lingüistas contemporáneos. En sus últimos años, le brotan libros como chorros de una fuente: ¡Y qué libros! “El problema de la Lengua en América” (1935), “Castellano, español idioma nacional” (1938), “La Argentina y la nivelación del idioma” (1943), “Poesía y estilo de Pablo Neruda” (1946). En este último año se traslada a la Universidad de Harvard, donde continúa dando artículos, críticas magistrales, libros preciosos. Muere en 1952. En los días calurosos de la primavera y el verano, allá en el cementerio de Mount Auburn, florecen sobre su tumba soledosa tres espinos con flores rojas y un viburnum amarillo.

¿Y qué decir de don Juan Corominas? Lo encontramos en Mendoza en 1939, apenas fundada la Universidad de Cuyo, y allí lo vimos contraído, laborioso, amontonando fichas y papeletas, hasta formar parvas. Con ellas elaboraba sus trabajos lingüísticos, que publicaba en los Anales del Instituto que dirigía en la Facultad de Filosofía y Letras. Aquí lo conocimos como científico solidísimo de la lengua, cortés y humano, preparando su formidable diccionario etimológico del español, que apareció hace poco más de tres años en cuatro tomos y que apenas se concibe como esfuerzo individual y sin trabajo en equipo.

¿Y qué decir de las conferencias y cursos de especialización que dictaron en el país, en repetidas ocasiones, Américo Castro, Dámaso Alonso y su casi homónimo Amado Alonso? Españolísimos, era delicia pura escucharlos en mitad de los inviernos porteños. Y como no recordar a don Clemente Hernado Balmori, que desde largos años viene enseñando lenguas clásicas y lingüística en distintas universidades argentinas. En los últimos años parece inclinado a la investigación de las

lenguas indígenas. ¿Y qué de don Antonio Tovar? Llega a Buenos Aires como profesor contratado de la Facultad de Filosofía y Letras. Al año siguiente aparecen, ya, sus "Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas", publicados por el Instituto de Filología de la Universidad. Es conocido por sus ediciones de "Virgilio" (1936), su "Gramática latina" (1946), su "Lengua Gótica" (1946), su "Vida de Sócrates" (1947), su "Aristóteles", su "Antiguo Eslovo" (1949)... Vuelve a España en 1950 y desde 1951 hasta 1956 lo encontramos como rector de la secular Universidad de Salamanca, cuyos faustos con motivo del séptimo centenario, organizó en 1953. Ha regresado a la Argentina a comienzos de 1958, en busca de materiales de estudios de las lenguas indígenas sudamericanas. Entre sus dos viajes trasatlánticos ha publicado varias obras: "La Lengua Vasca" (1956), "Eurípides" (1956), "Platón" (1958). Sus artículos científicos circulan en revistas especializadas en asuntos filológicos. Ha viajado por toda Europa y gran parte de América para que el mundo pasara por su espíritu y su espíritu por el mundo. En este momento (1960), se encuentra en los Estados Unidos de Norteamérica, donde se ha radicado después de sus años de Argentina.

3. MATEMATICOS, MEDICOS, HISTORIADORES

No podemos silenciar los nombres de los grandes matemáticos españoles que hicieron obra duradera en la Argentina. Allá por 1918 llegó don Julio Rey Pastor, que desarrolló los estudios matemáticos colocándolos en un gran nivel científico. Si Ortega y Gasset ha tenido una influencia extraordinaria en las disciplinas humanísticas de Hispanoamérica, no menos ha sido la de Rey Pastor en el campo de las ciencias puras. Grande, enorme como investigador. Inteligencia vivaz, intuitiva, clara, con una sana bonhomía humana. Pocos maestros han enriquecido como él el patrimonio intelectual del país. Sucedió en la Facultad de Filosofía y Letras al malogrado doctor Alfredo Franceschi, una vida intelectual libre de vanagloria con-

sagrada a la Epistemología e Historia de la Ciencia. Para esa cátedra Rey Pastor poseía aptitudes incuestionables, porque unía a su condición de sabio en matemáticas, un congénito espíritu filosófico y el don de la palabra, siempre ágil, sobria y bella. Era, además de matemático eminente, un hombre culto en el sentido humanista del término.

Otros matemáticos eminentes fueron Pi y Suñer y Blas Cabrera, que llegaron después de Rey Pastor, y que como él tuvieron una actividad muy fecunda en su especialidad. Y no hace aún quince años conocimos a otro matemático español, don Pi y Calleja. Cabeza solidísima en su ciencia, pensamiento compacto, catalán de raza. ¿Quién no lo recuerda en la Universidad de Cuyo, donde servía las cátedras de las matemáticas superiores? Actualmente enseña en la Universidad de La Plata. ¿Y qué podemos decir de don Manuel Balanzat? Matemático brillante, mente lúcida, con mucho humor y sal española. Forman legiones los discípulos argentinos de esos maestros.

En el doctor Eduardo García del Real, profesor de la Facultad de Medicina de Madrid, había además de un médico un humanista. Desde luego no usamos este término en el sentido de una cultura a base de ingredientes de lenguas clásicas. Pensamos en una calidad de cultura que permite al espíritu conservar su libertad crítica en medio de sus tareas. García del Real cultivaba la Historia de la Medicina, una ciencia de mucho interés filosófico y a la cual contribuyó con trabajos de largo aliento, en particular sobre historia de la medicina española. En la Facultad de Medicina de Buenos Aires y en la Facultad de Filosofía y Letras dictó ciclos de conferencias. Hizo una labor provechosa, sobre todo entre los médicos de alma entumecida por el especialismo profesional. Nada más educativo —decía García del Real— que el espectáculo del espíritu contemplando genéticamente su obra secular. Sus clases refinaban el sentido científico, la conciencia de la relatividad de las doctrinas médicas y liberaban del dogmatismo ingenuo,

inofensivo quizá en el filósofo, pero terrible cuando estimula la intrepidez terapéutica.

Junto a la figura de García del Real, recordamos la de Pi y Suñer y la de Turró. El primero llegó a la Argentina precedido de sus estudios sobre endocrinología y sus concepciones antimecanicistas del organismo. Su obra "La Unidad Funcional" circuló ampliamente en los medios especializados. De Turró se conocía su libro "Orígenes del conocimiento. Filosofía crítica", que contiene brillantes estudios sobre la sensibilidad trófica. La influencia de Turró se hacía sentir en el propio Pi y Suñer, que era su discípulo de aquél en sus interpretaciones de la vida y las manifestaciones del psiquismo elemental. Ambos científicos hicieron obra proficua en los ambientes de estudios médicos argentinos.

En la primavera de 1928 llegaba don Luis Olariaga, de gran versación en ciencias económicas, profesor de la Universidad de Madrid, que tuvo una brillante actuación en la Facultad de Ciencias Económicas y en la de Filosofía de Buenos Aires. Olariaga era también uno de los representantes del renacimiento de la cultura española que alentaba la generación de Ortega y Gasset. Era un técnico de fuerte mentalidad concreta, pero que, además del sentido de lo concreto, sin el cual no hay ciencia, tenía sensibilidad filosófica, formada en las doctrinas del pensamiento contemporáneo, según un testimonio de la época.

Entre los historiadores españoles que han dejado profunda huella en la Argentina de nuestro tiempo, tenemos que mencionar al eminente medievalista don Claudio Sánchez Albornoz, que llegara en 1940 contratado por la Universidad de Cuyo. En Mendoza publicó sus famosos estudios sobre la formación de la caballería española (dos tomos), prosiguiendo su labor en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, donde dirige el Instituto de Historia de España. Ha dado a conocer aquí una extensa serie de cuadernos de investigación histórica de enorme valor, ha formado investigadores entre sus alumnos y en 1957 publicó su "Historia de España", obra de interés

actualísimo por su contenido intrínseco y por la polémica que ha suscitado con Américo Castro, otro español importante en la cultura argentina, según vimos al hablar de los filólogos y lingüistas. Sánchez Albornoz es una inteligencia alerta, chisporroteante, con humor a chorros, que por momentos no es *adusum puellarum*...

La influencia de España en la cultura argentina de nuestro tiempo es bien visible. Y como hemos dicho al comienzo de este artículo, sin ella no se explicarían ciertos matices de la presente cultura argentina. La vida científica y filosófica en lo que va del siglo, nos ha ayudado a salir del diletantismo de comienzos de siglo y a ir consolidando una cultura de tercera dimensión. Esa admiración por el renacimiento cultural español no significa, desde luego, que hemos de seguir dócilmente su meridiano. Tenemos que seguir con discernimiento más que la letra el espíritu progresista de la nueva cultura hispánica, que ha ahondado en profundidad e idealismo, información y sólida conciencia de los problemas de la conciencia contemporánea.

Pero además de filósofos, lingüistas y filólogos, matemáticos y hombres de ciencia, España ha influido en lo que va del siglo con sus poetas, sus músicos, sus pintores y escultores, sus hombres de teatro, de empresa e industria, y con las modestas gentes de su tierra que se ganan laboriosamente la vida en la Argentina, haciendo también obra de cultura con su ejemplo de trabajo y con las valoraciones axiológicas que sostienen sus vidas y dan sentido a sus familias y a sus realizaciones económicas y espirituales. Como decía Alberdi: la cultura, como la vid, prende de gajos y sarmientos. Pero de ellos nos ocuparemos en otra ocasión.

DIEGO F. PRÓ

Alem 271, Mendoza

